

GONZALO GUIJARRO PUEBLA

Involución



Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
Delegación de Cultura y Educación



BEN
82-3
CER
inv

V CERTAMEN LITERARIO DE BENALMÁDENA
"VIGÍA DE LA COSTA"

Primer Premio

2001

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

Involución
Gonzalo Guijarro Puebla
Prólogo: D. Jesús Majada Neila

R.20932

Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 CER inv
Tit.: Involución
Aut.: Certamen literario de Benálma
Cód.: 8056713



Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena

2002



NO SE PRESTA
Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

Involución
Gonzalo Gujardo Puebla
Prólogo: D. Jesús Mejía Neila

R. 20982

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier método, electrónico, mecánico, fotocopia, grabaciones u otros medios sin previo y expreso permiso del propietario del Copyright.

1ª Edición: 24 de ABRIL de 2002
Impreso en: Gráficas Campos, S.A.



Siendo estudiante, estudiante de bachillerato, en cierta ocasión pregunté a mi profesor qué era la literatura. Me contestó que era un espejo: un espejo de la vida, de lo que ocurre en la calle, de lo que sucede dentro de las casas, de lo que pasa por la mente de la gente, de las obsesiones que nos embargan y nos abruman. Y lo ejemplificó recordando que el Mio Cid era una evidencia del poder feudal de la sociedad medieval, que el teatro de Lope refleja la preocupación por el honor y la limpieza de sangre que sofocaba a los españoles del XVII, y que las ensoñaciones románticas sólo pueden entenderse si pensamos que la revolución industrial sumió a buena parte de Europa en el pozo de la esclavitud y los abusos laborales. Después de muchos años viviendo en las cercanías de la literatura, creo no haber encontrado mejores definición y explicación.

También la literatura lleva aparejado el placer, el placer de leer. Por ello se agradece el buen relato corto, que puede colmar los numerosos pequeños tiempos vacíos que malperdemos cada día. Muchas veces sucede que se empieza



a leer lo primero que cae en las manos, porque no se tiene otra cosa que hacer. Algunas de ellas, muy pocas, el interés te prende desde la primera línea. Así me sucedió con *Involución*, y el hilo narrativo de inmediato me cosió al relato, hasta que el respunte llegó al remate del final.

Tras su lectura uno se pregunta por el autor, probablemente un escritor desconocido, joven y en ciernes, al que ya tienes cierta simpatía... Luego descubres su nombre y te das cuenta de que lo conoces, que te has cruzado con él varias veces por la calle, que incluso has tomado café y tuvisteis en mente hacer alguna cosa juntos... y que jamás se te hubiera ocurrido pensar que le gustaba escribir y que lo hacía tan bien. Todo ello te llena de complacencia. **Y** más todavía te satisface la lectura de este bestiario, entre divertido y kafkiano, porque en cierto modo te identificas con lo que allí se cuenta, y llegas a la conclusión de que en el fondo las angustias del protagonista, las angustias del autor y las angustias del lector sean tal vez bastante parecidas. Lo que hace Gonzalo Guijarro es mostrárnoslas en el espejo.

Jesús Majada

Profesor de Literatura



-¡Me cago en todos los puñeteros documentales de bichos!-. No pudo por menos de maldecir el pobre Edelmiro. La verdad es que no era para menos. Hacía ya casi dos semanas que por su lamentable afición a mirar mientras se adormecía los dichosos documentales zoológicos de la tele, su percepción de la realidad había cambiado. Y había cambiado, al menos en su opinión, para peor, para muchísimo peor. Porque, vamos a ver -Que lo degraden a uno en la escala zoológica no puede ser bueno-, se decía él a sí mismo. Y, si uno lo piensa, no dejaba de tener razón. Ya es bastante desagradable que te rebajen de categoría en la cosa laboral, o que le vengan a uno con eso, tan de moda ahora, de tener que aprender hasta de los cenutrios de los propios hijos, como para que alguien te vaya a decir que el que lo rebajen en la escala zoológica, que es cosa de los genes, no tiene importancia y si lo llevas mal es porque eres un intransigente.

Pues sí, en esas andaba Edelmiro y él lo achacaba a su inveterada afición a quedarse roque después de comer, mientras veía y no veía los documentales esos tan entretenidos de animales que ponen siempre por la tele a eso de las cuatro y media.

Edelmiro, que era hombre leído, conocía los temibles poderes de la sugestión dirigida directamente al inconsciente en ausencia de la conciencia vigil. Hasta idiomas extranjeros

podían aprenderse, era sabido, sin más que escuchar durante el sueño cintas magnetofónicas con conversaciones en cualquier ignota lengua. Bastaba la constancia en tal labor para adquirir dominio y soltura en las más abstrusas jergonzas. Lástima que su abulia, su falta de ambición y el haberse dejado convencer por el tipo aquel para abonarse a una canal televisivo de pago, con el consiguiente prurito de amortizarlo aunque fuera durante las siestas, no hubieran permitido un más meditado uso de sus capacidades oníricas. Ahora estaba jodido: era un simio. Un simio más listo que el hambre, eso sí, pero un simio al fin y al cabo.

No es que se le hubiera cubierto de repente el cuerpo de tupido pelo ni que le hubieran crecido los brazos hasta ser tan largos como sus piernas, no, Edelmiro seguía siendo físicamente el mismo de siempre, la cosa no había ocurrido de forma tan burda. El cambio se había producido a nivel de su autoimagen, había dictaminado el psiquiatra al que Edelmiro acudió horrorizado de sí mismo. “A vos lo que te ocurre es como lo de las anoréxicas pero en filogenético, che. No sé si me comprendés”. Habían sido las palabras textuales del inevitable lacaniano rioplatense. Después, le había cobrado diez mil pelotas y le había propuesto iniciar un proceso de análisis a razón de tres sesiones por semana según la misma tarifa, con lo que Edelmiro abandonó la consulta más convencido que antes de que algo había de terriblemente verdadero en su nueva y desconsoladora

manera de percibirse a sí mismo y, de rebote, a los demás humanos.

Porque, digámoslo de una vez, a Edelmiro lo que le había ocurrido era que un jueves, al levantarse de la siesta y disponerse a comer un plátano, le había dado así como un ramalazo de que lo estaba pelando con los mismos movimientos y, sobre todo, con la misma intención que un chimpancé la mar de simpático que aparecía en el documental de esa tarde y con cuya imagen se había quedado traspuesto. Al principio le hizo gracia la idea, pero no tardó en darse cuenta de que aquello no era una idea sino una sensación global, una certeza. Incómodo, en cuanto terminó de comerse el plátano fue al cuarto de baño a lavarse la cara, a ver si se despejaba y se le pasaba la cosa, pero nanay, la certeza se hizo más firme: aquello de lavarse también lo hacían los monos igualito que él y, esto era lo más grave, por los mismos motivos. Ya estaba empezando a desazonarse de verdad cuando recordó que había quedado con el vecino para jugar una partida de ajedrez. -Eso es lo que me hace falta- pensó -una actividad intelectual y creativa, típicamente humana. Con la partida seguro que se me pasa esta murria.- Y, dicho y hecho, subió al piso superior y tocó al timbre del vecino..

Ya la sonrisa (esa mueca) y el apretón de manos con que lo recibió el vecino, lo hicieron sentirse todavía más simio si cabe. -Si es que somos clavaditos- pensaba mientras



se esforzaba por responder educadamente a las señales de amistad y no agresión de su compañero de partidas-, contactos físicos codificados que inauguran un espacio de cierta colaboración ¡Qué asco!- Luego, se sentaron ante el tablero. Le tocaron blancas al vecino, que comenzó con un, no por poco frecuente menos académico, peón cuatro dama. Edelmiro, que estaba empeñado en mostrarse a sí mismo su propia creatividad por ver si se dejaba de sentir simiesco, respondió con un peón cuatro alfil dama. Su adversario jugó entonces el gambito Benko. -Estúpido orangután, siempre por caminos trillados-. No pudo evitar pensar Edelmiro y retrucó con un arriesgado peón cuatro caballo dama, convencido de que la creatividad humana lo redimiría de aquella incómoda sensación. A Edelmiro, no sólo le dio el vecino un rotundo mate en diecisiete jugadas, sino que la conciencia de simiedad se le acrecentó y profundizó cuando, tras la partida, en la soledad de su despacho, rumió y analizó la naturaleza de sus sentimientos frente a la victoria o la derrota en el ajedrez o en cualquier otro campo. Acabó concluyendo que las pulsaciones de euforia o depresión que seguían indefectiblemente a una y otra eran totalmente incompatibles con aquella prestigiosa leyenda del espiritual amor al razonamiento y la verdad que había sustentado a lo largo de toda su vida su orgullo y su confianza en la incontestable superioridad y distinción de la especie humana. -¿Amor a la verdad? ¡Venga ya!- Se decía amar-

gamente -ganas de quedar por encima. Ganas de decirle al prójimo: ¡ojito conmigo! Que soy más listo que tú y aunque hayamos cumplido el trámite ese de toquetearnos, hacernos muecas y demás zarandajas, para prometernos que íbamos a colaborar, ahora la partida ya acabó y como te pases la más mínima miguita te la juego. Anda, no seas rácano y ponme otro cubata-. Ya me dirán ustedes si la cosa no empezaba a ser preocupante.

Esa noche, Edelmiro durmió mal, soñó que era la mona Chita y que mantenía una entrevista conspirativa con el doctor Livingstone. El fin de la conspiración era que el doctor, que en el sueño era un viejo acaudalado y rijoso, sedujera o raptase a Jane para que así, el desconsolado Tarzán no tuviera más remedio que buscar alivio a su soledad en los brazos de su inseparable mona. Se despertó sudando y angustiado, pero con una erección de palmo y cuarto. -Esto sí que ya es el colmo-. Se decía mirando el bulto que tensaba el pantalón de su pijama. -Además de simio, transexual-. Tan pronto se levantó, decidió recurrir a un siquiatra. Buscó uno en las Páginas Amarillas y le dieron hora para unos días más tarde.

El trayecto en coche hasta la oficina le resultó un auténtico suplicio, el tráfico estaba en realidad como todos los días, o sea, fatal, pero como él lo percibía todo en clave simio, resultaba infinitamente doloroso y humillante. - ¡Hala!, aquí todo el mundo a ver quién puede más, gruñén-



donos unos a otros a acelerones y bocinazos para asegurarnos un lugar ventajoso en la manada- Así que Edelmiro procuraba ser exquisitamente correcto y respetuoso del código de la circulación por aquello de que las leyes son quizás lo que nos humaniza pero, aparte de llegar al trabajo con veinte minutos de retraso, lo único que consiguió fue que el conductor de una furgoneta le llamara dominguero. -No sólo soy un simio sino un simio pusilánime y cagueta-. Se recriminaba horrorizado mientras introducía su ficha en el reloj.

Al principio, las urgencias del montón de papelotes que ya se habían acumulado en su mesa durante aquellos veinte minutos le permitieron olvidarse de sus cuitas, pero hacia mitad de la jornada le vino Martínez con el recado de que el jefe lo aguardaba en su despacho. A Edelmiro no le pasó desapercibida la sonrisita de conejo que Martínez trataba en vano de disimular. -Será asqueroso este macaco, seguro que está deseando quitarme el puesto-. Le apareció el pensamiento en la mente como un relámpago que lo devolvía de inmediato a su conciencia de primate poco evolucionado. Masculló un "enseguida voy" y acabó de teclear el documento que lo ocupaba. Luego, con una punta de inquietud en la barriga, se dirigió al despacho de don Leandro.

Don Leandro lo recibió con expresión de pocos amigos y no se anduvo por las ramas; desde el principio y a lo

largo de veinte minutos, los mismos que él se había retrasado, le estuvo echando una bronca categórica y prolija en la que no se dejó nada en el tintero. Edelmiro la aguantó a pie firme, y esto no es ninguna metáfora sino que como don Leandro no tuvo a bien indicarle que tomara asiento, a Edelmiro no le quedó más remedio que aguantar el chaparrón en una postura entre el firmes y el descansan. Mientras su jefe se explayaba, Edelmiro se fijó en que a don Leandro, que se había aflojado la corbata y desabrochado el primer botón de la camisa, le asomaban pelos canos por el cuello y, claro, de inmediato la imagen del gorila macho, adulto y dominante, con su lomo cubierto de un pelo plateado, que es la insignia de su indiscutido poder, se superpuso a la de don Leandro en su mente. -Aquí estamos- pensaba con la mirada baja, posada en un punto indefinido del suntuoso escritorio del jefe -dejando claro el puesto que cada cual ocupa en la jerarquía del grupo. Y eso que ni siquiera le he intentado quitar una hembra-. Aquí Edelmiro no pudo reprimir un temblor ante la idea de la que le podría armar don Leandro de sorprenderle teniendo un flirt con su señora. -Como los monos no, peores que los monos somos-. Concluyó.

Ya por la tarde, remoloneando por su piso en busca de algo humanizador con qué entretener el tiempo y quitarse el mal sabor que le habían dejado los desagradables acontecimientos de la mañana, encontró en un periódico atrasado

el anuncio de un concierto en el auditorio del barrio. Iba a empezar dentro de un rato, así que Edelmiro, de antemano agradecido por las elevadoras y sedantes propiedades de la música de cámara, se puso la chaqueta y se dirigió al centro cultural municipal. Sacó su entrada, ocupó su localidad y, apenas comenzaba a relajarse, cuando se vio rodeado de una multitud de niñitos como de seis años que, dirigidos por dos evidentes maestras, ocuparon todos los asientos en torno al suyo hasta una distancia de por lo menos cuatro filas. Suponiendo un error, comprobó el número de su asiento: era correcto. Interpeló a las maestras y éstas le mostraron sus entradas: correspondían con los asientos ocupados por los infantes. Por un momento pensó en exigir un cambio en la taquilla, pero se avergonzó enseguida de semejante intención, incluso los simios más brutales coordinaban los esfuerzos de los distintos miembros del grupo social para la protección y cuidado de su prole, así que se sentó y les dirigió una dulce sonrisa a los críos más próximos. A modo de respuesta, uno le sacó la lengua, otro le hizo un gesto procaz con la mano y varios más se pusieron a cuchichear entre ellos sin dejar de echarle a Edelmiro unas miradas de soslayo que no parecían augurar nada bueno. En éstas, los primeros compases del concierto reclamaron la atención de nuestro protagonista y el poder lenitivo de la música le cerró suavemente los ojos. Un certero pelotillazo en el cogote se los abrió de nuevo. Se retorció en el asiento

hacia la derecha por ver si localizaba en las filas de atrás al responsable del desafuero y, aprovechándose de su postura, le vertieron un sobre entero de polvos pica-pica por el cuello de la camisa. -¡Pero bueno, niño!-, empezó Edelmiro volviéndose a su vecino de la izquierda que, poniendo cara de asombro, le atizó un puntapié a la disimuleta. Edelmiro, indignado, le cogió de un brazo, pero un pinchazo en su glúteo derecho le hizo girar de nuevo al otro lado para descubrir que le habían dejado clavado un alfiler de los de cabeza gorda. Se contorsionó buscando ángulo para quitárselo, pero sólo logró que los polvos se le repartieran por toda la espalda. Exasperado, apoyó la mano izquierda en el brazo de la butaca para ahuecarse en el asiento y consiguió sacarse el alfiler. Con él en la mano derecha, fue a echarle la izquierda encima al supuesto autor de la estocada, pero una resistencia entre plástica y elástica le detuvo el gesto a la mitad: una rosácea red de cordones pegajosos unía su mano izquierda al brazo del asiento. Le habían pegado lo menos cuarenta duros de chicle. Edelmiro, medio histérico, se despegó de un tirón y agarró por los brazos a los dos diablillos que lo flanqueaban. Antes de que pudiera empezar con la reprimenda sotto voce que ya le afloraba de los labios, una nutrida andanada de pelotillas, granos de arroz, mocos y escupitajos lo alcanzó de lleno. Edelmiro perdió los estribos, se puso en pie alzando un niño con cada mano, momento que aprovecharon los demás

para cargar contra él por lo bajinis a patadas y mordiscos. A partir de aquí, el nivel sonoro de la refriega bastó y sobró para que los músicos interrumpieran el concierto y las maestras acudieran en defensa de sus alumnos, que Edelmiro lanzaba por los aires a diestro y siniestro sin contemplaciones. -¿Pero qué hace? ¿Se ha vuelto loco? ¡Salvaje! ¡Energúmeno! ¡King Kong!, lo increparon indignadas las pedagogas. Y ante este último epíteto, que actuó como una palabra mágica, Edelmiro depuso su actitud y, bien rociado de gargajos y avergonzado hasta los tuétanos, se abrió paso como pudo hasta la salida.

Una vez en su casa, Edelmiro se duchó, metió en la lavadora sus infamantes ropas, se tomó media docena de tilas y, al fin, consiguió calmarse. Se sentía desalentado, todo parecía confabularse para que no pudiera olvidarse ni un minuto de aquella degradante conciencia de simiedad. -¿No me darán a mí estas neuras por vivir solo? La falta de equilibrio afectivo y todas esas cosas que dicen los sicólogos.- Reflexionaba nuestro héroe-. Además, lo del sueño de la otra noche y sus evidentes consecuencias también apuntan en el sentido de que necesito afecto... Afecto y sexo, ¡qué coño! No, si lo mío va a ser que el subconsciente me recuerda que mi naturaleza no es solamente espiritual sino también animal y que tengo ciertos aspectos de mi ser un poco descuidados. Además, claro, novia no tengo desde agosto de 1992. Va a ser eso ¡Mañana

mismo, que es sábado, me voy de ligue!-. Y se acostó más tranquilo.

La noche siguiente, cenó temprano y ligero, se duchó, perfumó y vistió elegantemente y, a eso de las diez y media, se dirigió a un reputado bar de copas.

El local tardó todavía sus buenas dos horas en coger ambiente y, para entonces, Edelmiro, que se había tomado cuatro o cinco copas para entretener la espera e irse animando, andaba ya un tanto cocido.

-¿Me das fuego, colega?-. Edelmiro se giró hacia la izquierda a la par que extraía con mundano gesto el mechero de su bolsillo y le encendió el cigarrillo a la muchacha. Resultó ser una jovencuela extravagante, bajita y un tanto culona, cuyos ojos adormilados y conversación errática denotaban un inmoderado uso de fármacos diversos, ilegales y médicamente incompatibles. Edelmiro, ajeno a tales consideraciones, pegó la hebra. Al cabo de un rato, la chica sacó del bolso un puñado de pastillas de colores, se tomó un par de ellas y le ofreció. -¿Quieres de éstas?- dijo-. ¿De qué son?-. Respondió con timidez Edelmiro-. De fresa, limón y menta ¡No te digo! ¿Quieres o no?-. Le insistió ella-. Bueno, por no despreciar-. Y Edelmiro cogió con aprensión una amarilla y se la tragó con un sorbo de gintonic--. Todavía siguieron un buen rato conversando, o mejor dicho, él tratando de hacerse el interesante contando aventuras insulsas y ella haciendo de vez en cuando comen-

tarios delirantes de cosas que no venían a cuento. Luego, abruptamente, ella le dijo -Bueno, tío, déjate de rollos y vamos a empiltrarnos. Vivo aquí al lado-. Cogió a Edelmiro por el brazo y lo arrastró a la calle. -Aquí hay plan-. Coligió, entre deseoso y aterrado el galán.

Tras un breve recorrido por callejas poco recomendables, la moza insertó al tercer intento el llavín en la cerradura y ascendieron hasta una buhardilla abigarrada y repleta de tiestos con plantas de marihuana. Entre la selva se adivinaba un colchón de matrimonio con un revoltillo se sábanas y mantas encima. -¡Hala! Ponte cómodo que ahora vuelvo-. Le indicó la anfitriona y desapareció en lo que él supuso el cuarto de baño. Se recostó, pues, Edelmiro en el colchón y, al mirar a su alrededor, le pareció que las cosas tenían un aspecto un tanto inusual-. Caray, si parece que estuvieran vivas. Y qué de colorines. Bueno, serán los nervios de la primera vez-. Cerró los ojos y resultó que en su interior había más colorines. Edelmiro perdió la noción del tiempo, enfrascado en la contemplación de tanto colorín. Cuando volvió a abrir los ojos, se quedó petrificado de espanto: la chica liaba un porro a cuatro patas sobre el colchón con el enorme culo apenas cubierto por unas bragas furiosamente rojas ante su cara y la cabeza vuelta hacia él. El maquillaje azul de los ojos se le había corrido por las mejillas y, realmente, era la viva imagen de un mandril. El entorno vegetal contribuía no poco a contemplar el cuadro. -Venga

tío, despelótate-. Le animó la desmadrada. Edelmiro permaneció inmobilizado unos instantes para después saltar como impulsado por un resorte y salió corriendo dando alaridos.

A eso de las ocho y cuarto de la mañana del domingo logró encontrar su casa.

A la mañana siguiente, ya les dije, visitó al siquiatra con los resultados que ustedes conocen y pocos días más tarde fue cuando le vino la idea de que aquello era cosa de escuchar documentales de bichos durante las siestas. La verdad, no es de extrañar que acabara maldiciéndolos como les conté al principio.



los despidió y le animó la despedida. Edelmiro permaneció inmovilizado unos instantes para después saltar como impulsado por un resorte y salir corriendo dando saltos. - ¡Anda ya! - dijo al avanzar el y oír la voz de A eso de las ocho y cuarto de la mañana del domingo logró encontrar su casa. A la mañana siguiente, ya les dije, visitó al doctor con los resultados que ustedes conocen y pocos días más tarde le cuando le vino la idea de que aquello era cosa de escribir documentales de dichos durante las fiestas. En verdad, no es de extrañar que ahora maldecidos como les como al principio. Se recostó en el colchón y al mirar a su alrededor, le pareció que las cosas tenían un aspecto un tanto inusual. - Caray, si parece que estuvieran vivas. Y qué de colorines. Bueno, serán los nervios de la primera vez. Cerró los ojos y resultó que en su interior había más colorines. Edelmiro perdió la noción del tiempo, enfrascado en la contemplación de tanto colorín. Cuando volvió a abrir los ojos se quedó petrificado de espanto; la chica liaba un porro a cuatro patas sobre el colchón con el enorme culo apenas cubierto por unas bragas furiosamente rojas ante su cara y la cabeza vuelta hacia él. El maquillaje azul de los ojos se le había corrido por las mejillas y, realmente, era la viva imagen de un insecto. El entorno vegetal contribuía no poco a contemplar el espectáculo. - Venga



ACABOSE DE IMPRIMIR EL DÍA 24 DE ABRIL,
FIESTA DE SAN FIDEL, EN LOS
TALLERES DE GRÁFICAS CAMPOS, S.A.
ARROYO DE LA MIEL,
BENALMÁDENA